

CXLII

radojal que esto parezca, se dirá á sí mismo un hombre sensato, bastan las consideraciones de las consecuencias á que esto daria lugar siendo cierto, de la lucha en que ha salido esta ciencia victoriosa contra enemigos tan formidables y sostenida por mas de cuarenta años: de que hombres de primera reputacion en el mundo científico la profesan y anuncian como verdadera: que me desafian á las pruebas: que me dejan hacerlas por mí mismo, no pidiéndome otra cosa que dejarme conducir por los hechos y solo atenerme á los resultados: que se propaga y se cultiva con ardor en las naciones mas civilizadas, en toda Francia, en toda Inglaterra, en Dinamarca, en los Estados-Unidos, hasta en la India Oriental: que comienzan á verse resultados felices de algunos establecimientos ortofrénicos, bastan, digo, estas consideraciones, para que un hombre concienzudo, sin mas que tener sentido comun y no dejarse llevar de una ligereza ó un orgullo ridiculos, se diga á sí mismo: esta ciencia, ó esto que se llama ciencia, vale la pena de estudiarse, sobre todo, cuando se abanza

CXLIII

con tanta seguridad, que no se ha dado ejemplo de uno que la haya estudiado que no se convierta en sectario suyo.

Observaciones generales.

SIN embargo creo de necesidad hacer algunas observaciones generales indispensables para preservar de algunos errores á la buena fé, y desarmar de antemano á la ligereza ó al espíritu de argucia.

Para juzgar en frenologia, no ya comparada, sino puramente humana, se ha menester estudiar la anatomía del sistema nervioso en general y del cerebro en particular: seguir las modificaciones de los órganos en razas diferentes y en los tipos diversos de una misma raza: conocer los cambios que se operan en la topografía esterna de estos tipos y de estas razas: ocuparse del análisis de todas nuestras facultades afectivas é intelectuales: distinguir las que son verdaderamente fundamentales de las que no son mas que derivaciones ó modificaciones, &c. &c.

Aunque cada especie y cada raza en

CXLIV

las especies tienen á poco mas ó menos un mismo tipo, las formas de la cabeza son tan distintas entre los individuos, como lo son sus modos de pensar, de percibir, de sentir, y como lo son las facciones de sus caras. Hay cabezas feas y hermosas, como hay caras bonitas y feas. Todos los hombres tienen ojos, narices, boca &c.; pero no todos ven lo mismo una pintura, ni oyen lo mismo una composicion música, y los diferentes desarrollos de estas facciones, la combinacion infinita de ellas por ligeras diferencias, hace que nadie se parezca á otro. Lo mismo sucede con las cabezas: no hay una que se parezca á otra. Ciertas ondulaciones, ciertas plenitudes, ciertas depresiones, ciertos cortes en las diferentes regiones, ya superior, ya en la base, ya anterior, ó posterior, ó laterales, producen las mismas desemejanzas en las cabezas que las facciones en las caras. Las diferencias de un individuo á otro importan tanto, que jamas un avaro podrá comprender cómo se puede ser pródigo, ni un valiente cómo se puede ser cobarde, ni generalmente un bueno cómo se puede ser malo.

CXLV

Y pues que hemos hablado de bueno y bello, diremos una palabra sobre uno y otro. Obligado con bastante pesar mio á tratar de paso y sin órden, materias que merecian cada una un tratado especial, diré que entre las importantes revelaciones que nos ha hecho la frenologia, es una de ellas la resolucion de la cuestion que ha agitado tanto á los filósofos, sobre si el hombre no tiene mas guia en sus acciones que su amor propio. Muchos han creido que hasta cuando ama lo hace por interés, y que es egoista cuando mas parece ser generoso. Habiendo observado los frenologistas una cierta conformacion cerebral en armonia con el ejercicio de la bondad, es manifesto que sin pensar en ninguna utilidad, ni aun la del placer, puede el hombre desear y hacer el bien de sus semejantes, compadecer y reparar sus males. Que es este en él un sentimiento primitivo, independiente de los cálculos del egoismo. Este sentimiento es el que resuena dentro de nosotros con la narracion de una desgracia pasada, y nos inunda en llanto con la espresion de un infortunio imaginario, cuando pre-

CXLVI

senciamos una representacion trágica, ú oimos una música tierna. Hay gentes naturalmente buenas, que son de genio afable, tierno, compasivo, pródigas muchas veces, y hasta indiscretas por bondad; así como hay otras frias, indiferentes, que ven pasar un hombre para ser ajusticiado con la misma calma que al que van á coronar. Los frenologistas dicen que Enrique IV, S. Francisco de Paula, el negro Eustaquio, Rafael, y Monthion, no podian dejar de ser buenos.

En cuanto á lo bello, opinan algunos que es una voz sin sentido fijo, y que es una cualidad respectiva no solo entre las cosas á que se aplica, sino segun los ojos del calificador: lo que á unos se presenta como hermoso, desagrada á otros. Mas parece que hay en nosotros una idea ó un instinto innato que nos da á todos un tipo general de belleza. Presentense á un niño la cabeza de Apolo y la de un monstruo, y no titubeará en su preferencia: con razon, dirá todo el mundo. Pues esta notoriedad es la que prueba que lo bello no es respectivo, pues que recibe un asenso espontaneo,

CXLVII

pronto y general. Está bien que este gusto se perfeccione por el arte, y que en virtud de esto un artista haga las cosas mas bellas que uno que no lo es, y sea mas capaz de percibir todo el mérito de las bellezas que otro ha hecho y gozar de ellas; pero siempre es cierto que las reglas de todas las artes, no son trabas de los clásicos, como creen los románticos, sino los medios de agradar, sacados de la misma naturaleza: *ut sup*

Artem experientia fecit,

Natura monstrante viam.

Debo no obstante vindicar con esta ocasion á las artes de una inculpacion que suele hacérseles por equivocacion. Que un ausente cante sus penas, suele decirse, ó un pastor sus romances, ó un pueblo su alegría, sus himnos, ó sus acciones de gracias, pase; pero ¿cómo he de tolerar yo la accion en el canto? ¿No es contra la verosimilitud, contra la naturaleza, que cuando Otelova á matar á Desdemona, se ponga á cantar una aria? Es esta una equivocacion. El arte no tiene por objeto la imitacion de los hechos, sino la reproduccion de la impresion que se ha espe-

CXLVIII

rimentado con ellos, ó se experimentarían en aquella situación. La música es uno de los idiomas con que se transmiten las ideas y los sentimientos; la regla á que debe sujetarse es la conformidad del carácter de sus composiciones con los sentimientos que quiere espresar. Tampoco se mata recitando versos, y ¿quién no sabe que hay casi un contrasentido en una tragedia en prosa, y que sería lo mismo que una música sin compás? Mucho más impropio sería matar bailando, y todo el mundo artista, el que más ha formado el gusto por lo bello, tiene bailes trágicos. ¿Por qué? Porque Otelo cantando, ó declamando, no representa lo que un hombre haría en aquella posición, sino lo que siente su alma en ella y las de los que lo ven. El baile es una insitacion de imitación. Lo que sería contra la naturaleza es, que Otelo en aquella posición cantase unas boleras, ó dijese en la tragedia un verso que no fuese heroico. Mas ¿quién no agradece á Bellini la bella congoja que nos causa el adios de su *Pirata*, cantado por la hermosa y penetrante voz de Mussati? Y cierto que no es natural enviar recados cantando, ni

CXLIX

gorgear cuando se va al suplicio. Desde ahora puedo apostar que aquella música imitando la impresión que nos hace la verdad, ha hecho llorar más gente que la verdad misma en la ejecución de un ajusticiado. Las artes, pues, no hacen más que despertar en nosotros un sentimiento que todos tenemos para gustar lo que es bello en sí.

Siendo un principio cierto en frenología que el desarrollo de las facultades depende de la actividad de los órganos, la verdad de un juicio frenológico, tanto sobre un vivo, como sobre un muerto, se funda en el principio no menos cierto, de que se hace habitualmente aquello que se hace con facilidad y bien; y nada se hace con tanta facilidad, como aquello para que se siente inclinación por su organización. Un buen poeta se pone á componer versos, como un músico una ópera. Algunas de las mejores piezas de Rossini se han hecho de improviso: de Voltaire, dice su discípulo La Harpe, que pensaba en verso.

No debe confundirse la cranioscopia con la frenología. Esta nos enseña la anatomía y fisiología del cerebro en sus

relaciones con el espíritu; aquella no es una ciencia, sino la topografía, digamos así, de los signos exteriores de la cabeza. La una sirvió para la creación de la otra; hay entre ellas la diferencia que entre el andamio y el edificio, la que entre un rimador ó versificador y un poeta. La craneoscopia no responde de casos anormales ó de enfermedad: tampoco puede decir por sí sola si una protuberancia es producida por el desarrollo del órgano que le corresponde, ó por el del vecino que lo ha empujado; ni si un órgano es débil porque no se ha desarrollado ácia la superficie, pudiendo haberlo hecho al interior ó á sus costados: mucho menos puede revelarnos el carácter de las circunvoluciones internas que no salen á la superficie exterior del cerebro, ni tocan por consiguiente á la interior del craneo. Por eso puede inducir en error, y no todas las cualidades pueden ser observadas en un ejemplo vivo.

Por consiguiente es un error muy craso creer que el estudio de la frenología, está reducido á aprender la nomenclatura y numeración de la craneoscopia,

como quien estudia su geografía en una esfera dividida en círculos y secciones; y que con una tabla craneoscópica en una mano y en la otra la cabeza que se ha de examinar, ya se puede decir la buena ventura. Sin embargo, esta es la ligereza de los que no quieren tomarse la pena de estudiar, ó que lo creen inútil; y de estos no faltan. Bastan, no obstante, las indicaciones de este discurso, para comprender que tiene esta ciencia apreciaciones complicadas é indefinidas, que su horizonte se ensancha á proporción que se profundiza su estudio. Gall muerto á 66 años y Spurzheim á 52, consagraron su vida entera á este estudio: desde entónces sábios de primer orden de Europa se ocupan de él exclusivamente. La vida entera de aquellos grandes hombres no alcanzó para que pudiesen descubrir las funciones de todas las partes del cerebro humano y de los animales. En el camino se está; pero hay todavía mucho que andar. Quedan aun por descubrirse muchas partes del cerebro que no se pueden observar por el craneo. Parece que lo que este podía decir, ya lo di-

CLII

jo, pues que el número de cabezas que componen las numerosas colecciones de todas las partes del mundo, sube á muchos millares, y apenas dos ó tres facultades se ha creído descubrir de mas, sobre las que se tenían descubiertas de la superficie del cerebro.

Así, pues, sería necesario no tener ni una idea de lo que es frenología, creer que con tentar una cabeza se puede formar un juicio, ó saber la culpabilidad de un reo, ó las inclinaciones de un niño, ó el carácter de un individuo cualquiera. Ya se ha dicho que en primer lugar no se pueden saber en vida las cualidades correspondientes á los órganos que se hallan en la base del cerebro y en las superficies de ambos hemisferios que se juntan en la línea media. Además, no es solo el estado de sanidad el requisito de la cranioscopia para decir verdad; de modo que dos individuos de cabezas perfectamente iguales, no sólo en sus dimensiones generales, sino en el desarrollo de cada una de sus regiones, no serian por eso iguales en carácter ni en aptitudes, porque:

Si la inneidad es el primer principio

CLIII

de la frenología y el primer papel de las facultades, otros agentes interiores y exteriores ejercen un poder inmenso, ó acaso ellos son los que determinan el modo de su manifestación.

Tales son, la edad, la talla, el temperamento, el alimento, la educación privada ó pública, y los accidentes de las circunstancias. Dos relojes pueden ser de un mismo tamaño y figura y tener las mismas piezas, y sin embargo no tendrá la misma exactitud, regularidad y mérito en todo, uno de á diez pesos que uno de Breguet.

Es reconocido en filosofía y fisiología que hasta la edad de 35 años poco mas ó menos, se opera en el hombre un desarrollo general, que se especializa hasta la de 45, y que de aquí comienzan á debilitarse ciertos órganos, hasta que toman unos tras otros una declinación ó aniquilamiento general. Mal se haria pues en juzgar al hombre de 50 por el de 25.

Siendo todas las cosas iguales, es una circunstancia favorable, la poca elevación de la estatura, segun la opinión de algunos fisiologistas, por cuanto dicen, que los centros circulatorios y nerviosos

se hallan á menos distancia de las estrechidades, lo que proporciona que se ejecuten con más rapidez y actividad las impresiones exteriores, yendo de los sentidos al centro nervioso, y las órdenes de la voluntad partiendo de este á los órganos de acción. Citan á Alejandro, Voltaire, Rousseau, La Mennais, Napoleon y otros muchos; en efecto *Magnus Alexander corpore parvus erat.*

La educación es claro que hace sobre el hombre lo que la mano del escultor en el marmol, ó del relojero en un reloj. En vano habrá sido liberal la naturaleza para dotar á un individuo con aptitudes sobresalientes, si no tiene los medios de favorecerlas por la educación, se quedará inferior al que las recibió en menos grado, pero las ha cultivado con empeño. Ya dijimos arriba que la sociedad no tiene derecho de castigar en un infeliz ignorante una culpa que no es mas que de ella.

Segun el Dr. Spurzheim, los temperamentos son cuatro: el temperamento linfático se reconoce en las formas torneadas del cuerpo, la molicie del sistema muscular, la replecion del sistema circu-

latorio; la belleza del cabello y en la palidez blanca de la piel. Es acompañado de acciones vitales lánguidas, de debilidad y lentitud en la circulación. El cerebro, ligado tambien al todo, es perezooso, lento y debil, y las manifestaciones mentales son proporcionadamente sin vigor.

El temperamento sanguíneo se anuncia con formas bien definidas, una gordura moderada, bastante consistencia en las carnes, cabello claro que tira á castaño, ojos azules, y una bella tez con color rosado. En este tienen los vasos sanguíneos una grande actividad, hay gusto por el ejercicio y un semblante animado. El cerebro participa este estado general y es activo.

El temperamento bilioso se hace conocer por un cabello negro, piel morena, gordura moderada, carnes muy consistentes, colores muy espresados. Las funciones se ejecutan con una grande energía que se estiende al cerebro, y por consecuencia el semblante presenta rasgos vigorosos, marcados, decididos.

El temperamento nervioso se distingue por un cabello hermoso y fino, piel

CLVI

delicada, músculos pequeños y sueltos, prontitud de movimientos musculares, tez pálida, y por lo regular una salud delicada. Todo el sistema nervioso, comprendido el cerebro, es de una actividad predominante, y el espíritu se manifiesta con una vivacidad en proporción.

Las circunstancias de que se ve rodeado el individuo no le dan facultades, pero determinan la manifestación de las que le tocaron y hasta los grados de sus alcances. Un individuo en un curso ordinario de las cosas, con las cualidades más brillantes, con una inteligencia privilegiada, reunida á una voluntad fuerte &c, no atraerá sobre sí la atención de sus contemporáneos, y vivirá en la obscuridad sin saber él mismo lo que vale; pero nació en tiempos de convulsión, se le vieron á las manos las ocasiones de distinguirse, de probar su valor, el acierto de sus cálculos, la importancia de sus operaciones, su voluntad y su capacidad de hacer el bien: este hombre se elevó como el águila, produjo cosas grandes en proporción que era grande el teatro en que se hallaba. Ahí están Cesar, Aníbal, Guillermo Tell, Washington, Napo-

CLVII

leon, Bolívar, Hidalgo, Iturbide. Otras veces y lo más frecuentemente esas mismas circunstancias combinándose de mil maneras, que algunos pueden seguir, pero que no pueden atajar, entregan la suerte de una nación á un cualquiera que no tiene más cualidades que su audacia y falta de pudor; que se cree un grande hombre porque los demás lo sufren, ó por comunidad de intereses, ó por cálculos errados, ó por indolencia de las mayorías, ó por todo junto.

Los ejemplos pululan en las revoluciones de todos los pueblos de los tiempos antiguos y modernos, porque á todos nos gusta parecernos á los hombres grandes; mas por desgracia no depende de nosotros el saber como el querer; y de ahí es que aunque muchos han subido, la mayor parte ha sido á la vergüenza; pocos á la gloria. No hay más que hojear la historia de las repúblicas de Atenas, de Roma, de Italia y de Francia, y se verá gemir y hasta perder su existencia á esas naciones por sus hombres mediocres, sus Eróstratos que quisieron hacerse inmortales. Aspirar á la inmortalidad por los medios que el incendio del tem-